

TEOLOGÍA

Silvia ACERBI, Mar MARCOS, Juana TORRES (eds.), *El obispo en la Antigüedad Tardía. Homenaje a Ramón Teja*, Madrid, Editorial Trotta (Colección Estructuras y Procesos. Serie Religión), 2016, 23 x 14 cm, 368 pp., ISBN: 978-84-9879-626-1.

El ejemplar presentado es el homenaje que veinte especialistas en Historia Antigua han dedicado, con motivo de su jubilación, al catedrático Ramón Teja Casuso, quien estuvo vinculado durante más de cuarenta años a diversas universidades españolas (Complutense, Salamanca, Murcia, Cantabria).

Es una edición muy manejable, cuyo punto fuerte es quizás la brevedad de cada capítulo –unas quince páginas contando la bibliografía, sencillez que se agradece porque permite una lectura rápida, ligera y amena. Aun así, la ordenación de las aportaciones individuales atendiendo a una secuencia alfabética de los autores tal vez no sea la más idónea, pues un encadenamiento cronológico o temático podría ser más prudente a la hora de realizar una lectura lineal.

La monografía comienza con la *laudatio* pertinente a Ramón Teja (pp. 11-36), donde se repasa la carrera investigadora del historiador y sus contribuciones científicas con más de ciento ochenta publicaciones, divididas en los años que éstas vieron la luz. Tras ello, tiene lugar la sucesión de los veinte capítulos dedicados por sus colegas, en los que se analizan las diversas facetas del obispo como personaje individual, no como parte de un organismo público.

En la primera de las aportaciones, José Fernández Ubiña presenta la evolución de la jerarquización eclesiástica desde los primeros momentos del Cristianismo hasta el afianzamiento final del obispo como cabeza principal de esta religión. En este “Origen y consolidación del episcopado monárquico” (pp. 37-51) rastrea los orígenes de la configuración de la autoridad eclesiástica partiendo de la religión hebraica y de la concepción apostólica de la nueva estructura que configurará el nuevo sistema político cristiano.

A continuación, y en sintonía con el trabajo anterior, Silvia Acerbi analiza el papel de “El obispo y los concilios” durante los siglos II y III tanto en Oriente como en Occidente (pp. 54-68). Superando la visión clásica de estas asambleas desde una óptica puramente religiosa, Acerbi rastrea el carácter político que tuvieron estas reuniones dentro de las pugnas entre diversas facciones episcopales, en semejanza a las reuniones senatoriales. En estos cónclaves el emperador tuvo una importante participación como árbitro en las relaciones entre la Iglesia y el Estado.

Con la paulatina consolidación de la potestad política de los prelados, Gonzalo Bravo estudia “El obispo y los conflictos sociales” (pp. 69-82) desde tres planos distintos: autoridades, mediadores y jueces. Demuestra así la importancia que tuvieron los pontífices como intermediarios entre las comunidades locales y el poder imperial, modelo que continuará durante toda la Tardoantigüedad y la Alta Edad Media. Encuadra

su estudio en el ámbito urbano, dejándonos con la incertidumbre de la situación en las áreas rurales.

Por su parte, Carles Buenacasa Pérez presenta en “El obispo y el patrimonio eclesiástico” (pp. 83-99) la formación de las propiedades episcopales a partir del acaparamiento de las donaciones privadas y la forma en que se estructuró la explotación de los latifundios. La consolidación del cristianismo como religión oficial reafirmó la llegada de nuevos lotes a manos clericales, aunque no tardaron en producirse abusos. Con las sanciones imperiales a estas prácticas, los prelados buscaron nuevas estrategias para ampliar sus posesiones fundiarias, contando, esta vez sí, con el beneplácito de los emperadores, quienes, en vista de que los bienes eclesiásticos eran una extensión de los públicos, promulgaron privilegios y exenciones económicas a favor de la Iglesia. De esta forma, Buenacasa empleando una metodología materialista es capaz de romper el esquema tradicional que hacía de la Iglesia una gran propietaria per se para concluir que detrás de estas recepciones de posesiones materiales subyacía el deseo de ampliar los bienes patrimoniales de una institución con un futuro prometedor para la política imperial. Hubiera sido interesante conjugar el análisis de la legislación con los restos arqueológicos disponibles para completar el ensayo y comprobar el impacto espacial que tuvo el enriquecimiento de las diócesis.

Otra faceta episcopal abordada es “El obispo como líder ciudadano”, desarrollado por Santiago Castellanos (pp. 101-115). Dentro de esta vinculación de los prelados con la vida urbana, el autor toma como paradigma la consolidación de su poder e influencia en época constantiniana a partir del reemplazo definitivo de las autoridades civiles imperiales por eclesiásticas. Esta nueva situación provocó que la carrera clerical fuera vista como una forma de ascensión social ambicionada, de ahí que los obispos provinieran de familias aristocráticas. En el siglo V se produjo un nuevo crecimiento del poder episcopal, pues sus titulares fueron los protectores de la comunidad frente a los invasores germánicos.

Aun así, por mucha influencia que llegaran a tener, tarde o temprano, al igual que al total de la población independientemente de su condición, les llegaba la muerte. Muy interesante al respecto es “El *funus episcoporum* y la «santificación» del obispo” que analiza Pedro Castillo Maldonado (pp. 117-131). Utilizando únicamente fuentes literarias, ilustra sobre los modos de enterramientos de estos personajes que imitaron los fastos imperiales, algo que provocó gran fervor popular. Pese a su intento por realizar un estudio tomando como metodología el análisis literario, filosófico y antropológico, podemos echar en falta el cotejo con otras fuentes, como el registro material, pues las hagiografías tienen el peligro de la subjetivización o el empleo de figuras literarias y alegóricas por parte del autor. De todas formas, es una vía de interpretación que de cara al futuro puede presentarse muy sugerente y jugosa.

En “El obispo y las invasiones de los pueblos bárbaros” (pp. 134-149), Pablo C. Díaz Martínez presenta los intentos por parte de algunos pontífices de preservar la

romanidad ante la barbarie. Se trata de un planteamiento fáctico en el que, con la consolidación final de los *regna* germánicos, los preladados adoptaron dos posturas: algunos siguieron confiando en que la situación revertiría; los más, perdieron la esperanza y comenzaron las negociaciones con los nuevos dirigentes políticos, pensando que “ante la imposibilidad de preservar el Imperio, guardar al menos la *civilitas*” (p. 146).

Los dos siguientes capítulos tienen relación entre sí, al tratar una temática ajena a las competencias directas de los preladados: los no-cristianos. Así, M^a Victoria Escribano Paño nos acerca “El obispo y los heréticos” (pp. 151-168) y el papel que jugaron estos representantes del poder religioso a la hora de condenar y perseguir las desviaciones de la ortodoxia –recurriendo en ocasiones al terror. Por su parte, Raúl González Salinero hace lo propio con “El obispo y los judíos” (pp. 169-186). Este autor opina que la influencia de la Iglesia en los emperadores provocó que el poder político respaldara el antijudaísmo episcopal. Tal vez se trate de una conclusión precipitada y sesgada, pues ignoramos la visión que se tenía de los israelitas en el mundo preconstantiniano –máxime cuando en el siglo II hubo tres conflictos militares o los beneficios que obtendría el Imperio por el encumbramiento de los obispos en detrimento de los rabinos. Notamos la ausencia de un capítulo dedicado al paganismo con el fin de cerrar este pequeño bloque.

A continuación, Juan Antonio Jiménez Sánchez trata “El obispo y los espectáculos” (pp. 187-200). Esta tradición tan asentada en la sociedad romana –sobre todo entre los grupos aristocráticos, de donde procedían la mayoría de los preladados como ya hemos visto, provocó enfrentamientos entre defensores y detractores; la magnitud del debate fue tal que finalizó con el arbitrio del emperador. Todos buscaron una solución pragmática: representar a los mártires con palma y corona, tal y como los vencedores de los juegos; esto supuso su cristianización.

Mar Marcos realiza una depuración religiosa de las hagiografías en “El obispo y sus biógrafos” (pp. 201-216). La historiadora observa que se produjo una evolución en el modelo de santidad episcopal, en la cual se pasó de resaltar la persecución de los primeros cristianos a la creación de nuevas formas de martirio, ascesis y santidad (evangelización, monacato, funciones públicas, iconoclastia...) en el tiempo en que los preladados gozaron de una alta consideración sociopolítica.

En sintonía con la aportación de Pedro Castillo, podríamos incluir la de Pere Maymó i Capdevilla sobre “El obispo y las reliquias” (pp. 217-232). Desde una visión socio-cultural, retrotrae la *inventio* de estos elementos tan típicamente cristianos al conflicto arriano, que no fue más que una excusa para evadir la legislación romana sobre el traslado de difuntos. Aunque en un principio contó con la oposición eclesiástica, pronto fue visto como una forma de legitimación muy poderosa frente al poder político.

A continuación, Esteban Moreno Resano estudia la evolución de la potestad judicial episcopal y la suplantación de las funciones de las autoridades civiles en “El

obispo como juez” (pp. 233-246). Pese a ello, podemos observar cómo, aun tras la decisión de un prelado, la última disposición estaba en manos de la autoridad laica.

El siguiente capítulo trata sobre “El obispo como *orator christianus*” (pp. 247-258). En él, Alberto J. Quiroga Puertas aborda el paso de la crítica que se hizo al uso de la retórica hasta su final aceptación como instrumento de argumentación en los debates filosofo-religiosos –especialmente contra los heterodoxos.

Especialmente interesante para los historiadores es la faceta de “El obispo como historiador”, desarrollado por Francisco Salvador Ventura (pp. 259-272). A partir de los ejemplos de Eusebio de Cesarea (s. IV), Agustín de Hipona (s. V), Gregorio de Tours (s. VI) e Isidoro de Sevilla (s. VII), hace un barrido por los cuatro siglos de la Antigüedad Tardía en los que la metodología historiográfica evolucionó hacia nuevas formas discursivas en relación con el contexto en el que vivió cada autor.

Otro aspecto que los obispos heredaron y usurparon a sus predecesores civiles fue la carrera pública. Así nos lo presenta Juana Torres en su aportación sobre “Las elecciones episcopales y el *cursus honorum*” (pp. 273-288). La designación de obispos fue desde un primer momento sinónimo de complicaciones. Un nombramiento contrario al agrado popular acarrea desórdenes sociales; por otra parte, la ausencia de reglas precisas provocaba irregularidades de las que salían beneficiados los personajes con mayor fuerza política, social y económica, que no veían más que acrecentar su poder. Vista la situación, acabó siendo el emperador el que nombrase a los obispos, cuya consecuencia fue la finalización del sistema de elección.

Purificación Ubric Rabaneda nos presenta “El obispo y la actividad edilicia” (pp. 289-300). En estas páginas, la autora compara la importancia de las construcciones religiosas a la hora de cristianizar espacios y la de las civiles como parte de las funciones heredadas de la administración pública y como catalizadoras de los intereses colectivos de la comunidad. En un tema donde el registro material se presenta obligado, llama la atención la ausencia de investigaciones arqueológicas para ilustrar y cotejar su estudio y la fijación en las fuentes textuales.

Un leitmotiv constante de esta monografía es el entendimiento y colaboración recíprocos entre Iglesia e Imperio, fundamentalmente a partir de Constantino. Margarita Vallejo Girvés rompe con este prejuicio y muestra ejemplos de desencuentros entre “El obispo y los emperadores” (pp. 301-316) que acabaron con varios prelados exiliados de sus sedes, alguna que otra vez motivados por la influencia de los propios colegas episcopales. Es, desde luego, un prisma interesante, pues el trasfondo de las deposiciones es igualmente la colaboración y alianza entre Iglesia e Imperio, aunque en este caso, desde una visión contraria que concluía con la sustitución de un obispo por otro más afín a los intereses del emperador.

Dentro de la jerarquización eclesiástica cobra especial interés la situación del monacato. Raúl Villegas Marín estudia en “El obispo y los monjes” (pp. 317-334) el cambio de percepción que tuvieron los prelados respecto al eremitismo, que, por estar

al margen de la Iglesia institucional, pasó de ser visto de forma escéptica a integrarse en la estructura eclesial. Con el surgimiento en Oriente de la figura del “monje-obispo”, su rápida difusión por el resto de la Cristiandad y su inserción en el sistema cristiano, los monjes pasaron a ser nuevos modelos de santidad y candidatos privilegiados para ocupar el episcopado por llevar una vida contemplativa y de humildad en base a los cánones neoplatónicos.

Cierra la obra el capítulo de Josep Vilella Masana dedicado a “Los obispos y presbíteros del supuesto concilio de Elvira” (pp. 335-354). Se trata de un análisis onomástico y toponímico de esta asamblea que, pese a las interpolaciones posteriores y según el autor, fue el primer cónclave exclusivamente hispano por la participación de todas las provincias, antecedente de los posteriores concilios hispanovisigóticos y fuente imprescindible para estudiar la transición de la Antigüedad a la Edad Media en la Península Ibérica.

Como colofón, nos encontramos un “Índice de obispos mencionados en el texto” (pp. 355-359), de gran utilidad para encontrar rápidamente los casos concretos que nos interesan dentro de este maremágnum en el que hay contabilizados hasta 270 personajes distintos. E igualmente práctico es un índice de los capítulos desglosado por apartados y epígrafes.

Recapitulando, este volumen es una óptima dedicatoria a la trayectoria académica de Ramón Treja al afrontar la figura del obispo no en plural, sino siguiendo un modelo “poliedral” descrito por el homenajeado: “Puede aparecer como un sacerdote, un político, un *rétor*, un jurista, un juez, pero el resultado final es la conjunción de todas ellas”. Este libro nos sirve para comprender una de las efigies públicas más importantes en la Tardoantigüedad y la Alta Edad Media, no como parte de una estructura monolítica, sino, al contrario, muy dinámica que desempeñó diversas funciones dependiendo de la situación y de la coyuntura del momento. También nos sirve para entender a cada obispo no en un micro-contexto, sino como parte de un espacio mediterráneo sobre el que Roma había implantado unas estructuras político-culturales cuasi-identicas.

Por contenido, esta lectura puede complementarse con la también reciente monografía “La Iglesia como sistema de dominación en la Antigüedad Tardía”, coordinada por José Fernández Ubiña, Alberto J. Quiroga Puertas y Purificación Ubric Rabaneda – quienes participan en la obra reseñada, editada por la Universidad de Granada en 2015. De esta forma, podremos profundizar más en un tema y una época que están en la vanguardia de la investigación historiográfica contemporánea.

Gonzalo J. Escudero Manzano.